

ber," marchó á su campo, regocijándose de la señalada merced y gran victoria como había alcanzado. "Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche, mucho más que otras veces." (1)

Derribado el trono de los méxica, bajo sus escombros quedaron sepultadas las libertades de los pueblos de Anáhuac. Sin duda que es el hecho más trancedental de nuestra historia antigua. Recapitulemos. Una tribu bárbara, de instintos sanguinarios, tal vez sin más virtudes que la fé y el valor, sale de la isla de un lago no muy distante y haciendo diferentes estaciones en el camino llega á la orilla de las lagunas del Valle; ingrata con sus vecinos, feroz en su conducta, le maltratan y persiguen los comarcanos hasta hacerla abandonar el suelo. Prosigue su peregrinación hacia el Norte, vuelve y revuelve en distintas direcciones, hasta que olvidada en el transcurso de los años, retorna á donde primero estuvo; pero regresa con la fé más viva en el sanguinario Huitzilopochtli, más apegada al horrendo culto que pide la víctima humana, y urgida por sus enemigos se oculta, mejor que se establece, en una isla de las lagunas, lugar prometido por los oráculos y marcado con los símbolos determinados por el dios.

En la isla vive la tribu miserable y abatida; reducida á servidumbre paga pecho aún en las cosas más extravagantes que place á su señor: contenta y resignada, porque así lo exige el númen, paga y trabaja sin murmurar, esperando el cumplimiento de las promesas.

(1) Cartas de Relac. pág. 297—300.—Bernal Díaz, cap. CLVI.—Gomara, Cron. cap. CXXXXII.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Oviedo Hist. de las Indias, lib. XXXIII, cap. XXX.—Torquemada, lib. IV, cap. CI.—Ixtlilxochitl, Relacion XIII, pág. 49.—Clavijero, tom. 2, pág. 180 y sig.—Con notables variantes Sahagun lib. XII cap. XL.

Las guerras emprendidas por sus amos ponen á prueba su valor; en las luchas de las naciones riberanas adquiere cierta importancia; ayudando alguna vez á la justicia recobra su libertad: de esclava se convierte en señora. Entonces de la isla se desborda como un torrente sobre la tierra firme; forma la triple alianza; celebra el pacto de la guerra religiosa que deja subsistir á Tlaxcalla, Cholollan y Huexotzinco; con los elementos que le prestan sus amigos y con los que exige á los vencidos, con el instinto de establecer en las diversas naciones la unidad civil y religiosa, lleva sus armas victoriosas hasta los lugares más distantes, conquista ciudades, domeña á las tribus, y en breve espacio de tiempo funda una extensa y pujante monarquía.

Aquella fué obra de la violencia y no de la justicia. Las naciones sometidas estaban sujetas á la más espantosa servidumbre; daban sus hijos para víctimas en los altares del dios de la guerra y á sus hijas para las fiestas lúbricas del Cuicoyan: acudían con guerreros como contingente de sangre; pagaban continuados y fuertes tributos; se empleaban en servicios personales para sus amos. Entre la capital y las provincias no había otro lazo de union que el de la fuerza; entre el señor y el súbdito existían sólo odio y rencor: á medida que los emperadores de México cargaban la mano en la presión, se avivaba en los pueblos el ansia de sacudir el yugo.

Cuando el imperio tenochca, aparecía más pujante y floreciente, asomaron por Oriente los hombres blancos y barbados, los hijos de Quetzalcoatl, los prometidos en las antiguas profecías. Reinaba Motecuhzoma II, supersticioso y débil, quien recibió de paz á los extranjeros, pagando con su dignidad y con su vida haberse fiado en mentidas promesas. Los dioses blancos se dieron prisa en entregarse á todo linaje de flaquezas, cual si quisieran desmentir su origen divino: la venida de nuevas divinidades blancas puso en claro la verdad de procedencia y desapareció el encanto. Quitlahuac fué el primer rey patriota, y logró arrojar de la ciudad á los pérfidos huéspedes; su corto y glorioso reinado terminó con su muerte, acontecida á consecuencia de la peste. Sucedióle Cuauhtemoc, el ardido defensor de México, el indomable caudillo de la libertad nacional.

El poderoso imperio fué estrechándose en sentido contrario de como se había extendido. Los pueblos lejanos permanecieron espectadores impasibles en la lucha; todos los demas se colocaron sucesi-

vamente del lado de los nuevos dioses, y bajo sus pendones vinieron á cobrar de la isla y de México sus pasados agravios con el implacable rencor de la venganza. La defensa de la ciudad por los tenochca es un hecho asombroso, digno de ponerse en parangon con la de Jerusalem, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvían á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura, que preferían á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las yerbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres colmaban los fosos, obstruían las calles, llenaban las casas; la corrupcion envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose despues á lo que en pié quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurreccion, hicieron frente á todos, y ademas á los hombres blancos y barbados, á los dioses á quienes el antiguo profeta destinaba el dominio de la tierra. Combatieron y combatieron sin tregua ni descanso; nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más de ruinas; cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados, y ni tenían armas, y quedábales sólo el macuahuitl que con dificultad podían blandir; cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo; cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, inspira respeto y entusiasmo la noble figura del rey Cuauhtemoc.

El puñado de castellanos procedentes de Cuba y desembarcados en Chalchiuhecuan, fueron tomados por los prometidos dioses blancos y barbados: D. Hernando fué Quetzalcoatl. Informado pronto de las cualidades que le atribuían y del estado del país; sabedor de la existencia de un reino rico y de un señor opulento, determinó apoderarse del reino y del señor. Escasos eran los medios con que

contaba para tal intento; pero tomaría los elementos de su ingenio y de su inflexible voluntad, pues sabía aprovechar diestramente todas las circunstancias, sacar partido de los menores accidentes enseñorearse de la ajena voluntad. Al primer pueblo con quien se puso en contacto, los totonaca, le precipitó, por un trato doble, á romper con su señor y ponerse bajo su proteccion.

Penetrando al interior, iba dispuesto á combatir donde quiera le hicieran resistencia. Peleó contra Tlaxcalla, de la cual se hizo la aliada más fiel, sin más gasto que muchas y pomposas ofertas, despues puestas en olvido. Entró en Cholollan y ejecutó una gran matanza con ayuda de sus aliados, con objeto de amedrentar á sus contrarios. Recibido como semidios en la capital del grande imperio, con temeridad coronada por el éxito, se apoderó del señor, quien se reconoció súbdito del monarca español: estaba llevado á cabo el gran propósito, é hizo suyo más oro del que nunca hubo soñado.

A castigarle por el alzamiento contra su antiguo jefe, vino Narvaez á la Villa Rica, trayendo un cuerpo considerable de tropas y elementos de guerra; D. Hernando salió contra él con pequeño número de veteranos; con oro y con promesas ganó los capitanes contrarios, con astucias engañó al general, terminando por apoderarse segunda vez de cuanto pertenecía á su malaventurado rival. Volvía triunfante y poderoso á Tenochtitlan, cuando perdidas todas las ventajas obtenidas, por un acto de rapacidad de Alvarado, ya sólo pudo encontrar la guerra sin cuartel y el odio declarado; luchó con valentia cual era su costumbre, mas destrozado en una noche infausa, perdió en un punto poder y riqueza. En la derrota se mostró grande, grande tambien en la memorable batalla de Otompan, en que innumerables batallones le cerraron el paso, escapando como por milagro, gracias á su intrepidez y al profundo conocimiento que había adquirido de las tribus.

Pocos meses despues, con los hombres y las armas que á las manos le vinieron, aunque á sus enemigos ó émulos pertenecían, se puso de nuevo en campaña. Las naciones indias, cegadas por la venganza, arrastradas por la envidia, determinadas por bastardas pasiones, fueron desertando de la causa de la patria para seguir al jefe astuto; quienes resistieron fueron sometidos por las armas, de manera que cuando retornó contra la ciudad codiciada, quedaban á ésta dudosos y pocos amigos, al cabo tambien domeñados y que se

pasaron á las banderas enemigas. Durante el asedio de Tenochtitlan, el escaso número de blancos, sin verdadero lazo de union con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empeñados en lugares de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos, se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon dia y noche, vestidas de continuo las armas, expuestos á la intemperie; sin desmayar por los obstáculos, sin que pensaran que acometían una empresa descabellada, sin que nunca hubieran dudado de su suficiencia para tamaña obra. Momentos hubo de vacilacion en los soldados, jamás en el jefe: si tantos milagros se cumplieron, fué por la enérgica voluntad de D. Hernando.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

La admiracion, empero, no debe ofuscar la verdad. La conquista de México no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos hubieran sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles direccion, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada México, no se imaginaban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomia de su pueblo. Figura colosal es la de D. Hernando, que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era, compuesto de bien y de mal. Poseía reelevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.

CAPITULO IX.

CUAUHTEMOC.

Conferencia en Tlatilolco.—Disposiciones.—Despedida de los aliados.—Fiestas en Coahuacan.—Tormento dado á Cuauhtemoc.—Los reyes de la triple alianza.—Busca del tesoro.—Disgusto en el ejército.—Pasquines.—Reparticion del despojo.—Lo que tocó al rey.—Descubrimientos en la Mar del Sur.—Expediciones á Oaxaca y á Tochtepec.—Fundacion de Medellín

III calli 1521. Al dia siguiente, catorce de Agosto, tornaron los castellanos á la azotea, en donde se había verificado la anterior conferencia: la azotea estaba adornada con cortinas, habiendo un dosel con asiento distinguido. Cortés se colocó en el lugar preferente; dió la derecha á Cuauhtemoc, la izquierda á Coahuacoch, rey de Acolhuacan, y á Tetlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, dando lugar despues á los señores principales, Cihuacoatl, Tlacotzin, Tlilancalqui, Petlauhtzin, Huitznahuatl, Motelchiuh-tzin, Mexicatlachcauhtli, Tecuctlamacazqui, Cohuatzin, Tlatlati y